

# **MENSAJES VI**

# Índice

<i>Amor por nuestro Camino</i> .....	3
<i>Amor por el desenvolvimiento</i> .....	6
<i>Expandiendo la Idea de la Renuncia</i> .....	8
<i>Compromiso con nuestra ofrenda de vida</i> .....	11
<i>Reverencia por la vida</i> .....	14
<i>Una nueva visión del trabajo social: el desenvolvimiento espiritual</i> .....	17
<i>Buscadores de libertad interior</i> .....	20
<i>El Templo de Oro</i> .....	23
<i>Coherencia entre palabra, acción y ofrenda de vida</i> .....	26
<i>Construyendo en nosotros lo que anhelamos para el mundo</i> .....	29
<i>Alquimia interior</i> .....	32
<i>Maestros de nuestros sueños de amor</i> .....	35
<i>Inclusión</i> .....	38
<i>El Don de poder amar</i> .....	41

## ***Amor por nuestro Camino*** ***Mensaje de Plenilunio 2005***

### *1ª. Enseñanza*

Enamorémonos de nuestro camino con fuerza renovada cada día.

Enamorémonos de su potencial. Liberemos ese potencial a través de un trabajo comprometido, para transformarlo en fuente de bien para todas las almas. De esa manera, cada instante que vivimos se ilumina con nuestra razón de ser: desenvolvemos espiritualmente para unirnos a la Divina Madre a través de la participación espiritual e integral con todos los seres.

Reconozcamos la gracia de tener una razón de ser que trasciende los límites de una existencia concebida como algo separado. Reconozcamos la gracia de tener una razón de ser que nos mueve a participar con todo lo existente. Sigamos con fervor nuestro llamado vocacional que nos invita a unirnos incluyendo. Despejemos así el camino hacia la expansión de nuestra alma, el camino que nos conduce a la unión con la Divina Madre.

*Profundicemos en el sentido místico de nuestro camino. Aprendamos a reconocer a lo Divino en todo lo existente, expandiendo e internalizando el sentido de la renuncia, de la libertad y del amor.*

Contamos con la fuerza del amor que nos permitió descubrir esta especial vocación de renuncia. No nos conformemos, entonces, con estudiar y entender caminos místicos abiertos por otras almas. Abramos cada uno de nosotros esos caminos. Cuando concretamos nuestra noble intención en acciones efectivas, incorporamos la enseñanza a nuestra vida cotidiana y exploramos en profundidad lo aprendido.

En este sentido nuestra tarea ha de ser realista, minuciosa, incesante, paciente y, sobre todo, honesta. Tomemos cada momento de nuestra vida y ubiquémoslo dentro del derrotero que conduce a la Divina Madre. Conscientes de los hechos tal cual se presentan, percibimos cada experiencia como una oportunidad para responder a ese momento de forma cada vez más satisfactoria y plena. Seamos minuciosos en reconocer a lo divino en todo lo existente, sin exclusiones y hagámoslo con sano entusiasmo. Alimentemos permanentemente nuestra alma con un amor incondicional a la labor espiritual que cada uno de nosotros está cumpliendo.

Cuando nos reenfoquemos y volvemos a ubicarnos a la luz de nuestra razón de ser, pacientemente, sin importar cuántas veces hacemos el intento, la intención y el esfuerzo repetidos cobran fuerza, hasta que el nombre de la Divina Madre acompaña cada latido del corazón. Y sobre todo, cultivemos una actitud honesta con nosotros mismos. Perdamos el temor de descubrirnos tal cual somos. Perdamos el temor de develar la naturaleza de los más íntimos sentimientos que albergamos en el corazón y de las

respuestas que damos a cada circunstancia en la vida. Sobre esta actitud honesta se asienta la posibilidad real de desarrollarnos.

Contextualicemos nuestra libertad en ejercer nuestro libre albedrío, especialmente cuando nos lleva a trascender límites para ampliar nuestras posibilidades. Tomemos, entonces, conciencia de la existencia de esos límites. Reconozcamos nuestro nivel de dependencia a las circunstancias, a la búsqueda de reconocimiento, a la necesidad de ocupar un lugar preferente, a obtener privilegios. Cuandoelijamos, hagámoslo con plena conciencia. Tomemos conciencia de que tenemos libertad para elegir, especialmente, de que podemos elegir darnos.

Al transformar nuestro amor en un amor cada vez más estable, más noble y expansivo, vivimos ese amor de renuncia que nos hace sentir plenos por el solo hecho de darnos, ya que la fuerza del amor está en el que ama. Cuando descubrimos esa fuerza y nos dejamos guiar por ella, orientamos todo nuestro potencial hacia la realización de la obra espiritual sobre la tierra y aún más allá.

*Hagamos de la renuncia el sustento de toda nuestra vida.*

La renuncia se convierte en el timón de nuestros actos cuando le damos un lugar prioritario en nuestra vida. Atesoremos el don de tener una vocación de desenvolvimiento que da sentido a todo lo que hacemos; valoricemos nuestra vida y lo que hacemos con ella. Aprendamos a apartar sistemáticamente todo lo que no nos ayuda a desarrollarnos. De este modo descubrimos nuevas facetas en los valores que manejamos, comprendemos la realidad desde otra perspectiva, desde un estado de conciencia más amplio. Cuando hablamos de amor, esforcémonos por practicar un amor simple y comprometido. Cuando hablamos de ofrenda, recordemos el sentido de nuestros votos. Cuando hablamos de compasión, recordemos que ampliando nuestra conciencia es como abrimos camino hacia una sociedad más justa, más armónica. Cuando hablamos de libertad, tengamos presente que, cuando nos independizamos emocionalmente de las circunstancias, podemos vislumbrar una realidad libre de los velos creados por la influencia del mundo personal en que habitamos. No nos detengamos en pequeñeces que desgastan y consumen nuestro tiempo y energías. Aspiremos a crear, a construir y a plasmar en nuestra vida las ideas en las que creemos. Cuando nuestro corazón pulsa con el ritmo de la vida, tomando y dejando, así como lo pide la renuncia, estamos respondiendo al llamado de unión con la Divina Madre.

*Estimulemos el desenvolvimiento espiritual, denominador común que nos une.*

Más allá de las palabras, es la fuerza de nuestra ofrenda, traducida en hechos palpables, lo que nos lleva a ser factores de desenvolvimiento. Más fructífero que soñar en un mundo mejor, es crear ese mundo. Influyamos positivamente sobre el futuro a través de actos precursores. En el diario vivir tenemos infinidad de posibilidades para gestar el mundo interior y exterior que anhelamos. Algunos actos gestores de nuevas posibilidades dan

resultados inmediatos y otros los dan con el tiempo, pero todos colaboran en formar el ser humano que queremos llegar a ser. Trabajemos con perseverancia, precursora de fortaleza y discernimiento. Aceptemos tanto los momentos agradables como los desagradables, como actitud precursora de la resiliencia que nos permite estar siempre con la misma disposición para trabajar y ofrendarnos.

Escuchemos y validemos para gestar las condiciones adecuadas para un buen trabajo en equipo. Abrámonos a la diversidad, actitud precursora de amistad y de paz.

Miremos siempre hacia adelante afianzados en las raíces de nuestra razón de ser.

Demos un valor prioritario al camino que hemos elegido, ya que si bien somos un instante en el proceso humano, cada decisión que tomamos tiene una incidencia que nos trasciende. Así nuestras vidas coherentes y armoniosas se constituyen en polos que atraen a las almas y que revelan la grandeza de nuestro ideal espiritual.

## ***Amor por el desenvolvimiento***

### ***Mensaje de Plenilunio 2006***

#### ***2ª. Enseñanza***

Reunidos por una misma vocación, caminamos hacia el encuentro con la Divina Madre. Recorremos un camino que se construye a sí mismo con la ofrenda de nuestra vida, la fuerza de nuestro compromiso y el empeño por hacer de nuestra misión una realidad cotidiana. Formamos un Cuerpo Místico que conjuga el poder de lo divino desconocido con la fuerza integral de cada uno y de todos nosotros, Hijos e Hijas de Cafh, con la misión específica de aportar a la Gran Obra el desarrollo de la Mística del Corazón, como fruto de nuestro desenvolvimiento.

Integrar efectivamente el Cuerpo Místico de Cafh significa transitar el espacio que nos separa de nuestro horizonte espiritual, unidos y hermanados más allá de las características personales que implican diferentes formas de pensar y de sentir. Si hemos de alcanzar la egoencia y nuestro camino pasa por el corazón de todas las almas, comencemos entonces uniéndonos en forma efectiva y concreta con nuestros compañeros de camino, disfrutando juntos de las riquezas de la vida espiritual, descubriendo en este hacer nuestra misión y el sentido de nuestras vidas.

Honremos nuestro compromiso con un trabajo diligente que nos transforme como individuos y como grupo humano, para bien de todas las almas. De cada uno de nosotros depende que podamos edificar sobre la confianza, apoyados en la riqueza de la diversidad, fortalecidos por nuestra fidelidad a la elección de darnos, libres para responder por nuestras propias vidas y dando coherencia a nuestras acciones con nuestro desenvolvimiento.

Abramos camino confiando en que cada ser humano tiene una razón de ser y que, si bien lleva una carga que ha de transformar, lleva también en sí mismo los medios que le permitirán hacerlo. Confiemos en nosotros mismos y en quienes están a nuestro lado ya que, tal como somos, constituimos la riqueza de Cafh. De este modo, podremos develar el potencial de nuestro ser y el del Cuerpo Místico que formamos. Si nos detenemos a contabilizar nuestras carencias o las de nuestros compañeros de camino, restamos fuerza a nuestra voluntad creadora y al entusiasmo por llevar a cabo la tarea que nos ha sido encomendada. Saquemos a la luz lo que nos separa y aceptemos su existencia. Es tiempo de dejar de mirar lo que otros hacen o dejan de hacer, o de pensar que los demás tienen que creer, sentir y proceder de un modo determinado.

Construyamos desde la diversidad, que es nuestra fortaleza, acotando el ejercicio de nuestra libertad no solo a la condición de respetar la libertad de los demás, sino de aceptarla reconociendo las diferencias. La responsabilidad que nos cabe como Cuerpo Místico no nos permite dar lugar a la separatividad. Pasemos de la etapa de sólo exigir derechos a la del compromiso con el todo, a trabajar por el bien común, con la certidumbre

de que albergamos bienes interiores inestimables, especialmente el llamado a darnos, que nos marca un claro derrotero a seguir en la vida.

La confianza en uno mismo no es un don gratuito. Se desarrolla con base en la conciencia de nuestra libertad de elegir en forma responsable. Distinguir entre desear ser libre, creer que se es libre y saberse libre nos ayuda a acortar el camino. El desear ser libre es un hermoso anhelo pero queda en el plano de los ideales por realizar, el creer ser libre lleva a tomar actitudes arrogantes, pero el sabernos libres nos hace humildes, porque nos comprometemos a hacernos responsables y dar cuenta de lo que elegimos y de sus resultados. Necesitamos cultivar valentía para asumir lo que vamos eligiendo con todas sus consecuencias y sin buscar otros responsables fuera de nosotros mismos.

Vivamos con integridad la posibilidad de elegir, cuidando de que cada paso que damos lleve el sello de nuestro compromiso. No podemos tener la seguridad de que todo lo que elijamos va a ser acertado ni lo mejor. No podemos pensar en cambios, en algo nuevo, sin algún grado de incertidumbre. Nuestra ignorancia, falta de visión y otros escollos, tendrán que ser superados a través del dolor de innumerables experiencias, pero lo que nos mantendrá firmes en la brecha será la confianza de que hemos elegido bien al elegir darnos. Hagamos que todo nuestro accionar refleje esta elección de vida.

Unamos a la posibilidad de elegir darnos, a nuestro sabernos libres y a la confianza en nosotros mismos y en la labor que realizamos con nuestros compañeros, la coherencia que lleva nuestros esfuerzos hacia un mismo fin, dando unidad a todo lo que hacemos. Cuando vivimos con coherencia, un acto no desdice a otro, anulándolo, sino que cada acto va reforzando al anterior en un mismo derrotero. Lo que vamos decidiendo y eligiendo confirma la elección de ofrenda que hemos hecho. Esa coherencia genera confianza en nosotros mismos y nos transforma, aun sin buscarlo, en seres confiables para los demás, en un verdadero apoyo para las almas.

Cuando la confianza en nosotros mismos crece apareada con la necesidad de darnos, de sensibilizarnos hacia las necesidades de todos, de participar, de dejar de ser el centro del propio interés, perdemos el temor a caer en el egocentrismo que limita y obstruye la visión participativa. Somos partículas de energía que destellan en el universo. Somos individuos plenos pero conscientes de pertenecer a un todo. Solos, separados, apenas podremos iluminar nuestra existencia; juntos podremos iluminar la de otros. Como reunión de almas, tenemos la posibilidad de realizar esta magnífica misión de integrar el Cuerpo Místico de Cafh y a través de él, el de la humanidad. Cada uno de nosotros lo integra dándose, ofreciendo lo mejor de sí y comprometiéndose a un trabajo de toda una vida, dispuesto a desenvolver el amor. Confiemos en que el amor por el desenvolvimiento nos guiará.

## ***Expandiendo la Idea de la Renuncia***

### ***Mensaje de Plenilunio 2007***

#### ***3ra Enseñanza***

Enamorados de nuestro camino e identificados con él, conscientes de formar parte del Cuerpo Místico de Cafh, abrámonos al mundo para proclamar el Mensaje de la Renuncia a todas las almas.

El compromiso al abrirnos al mundo es grande. Al mostrarnos abiertamente no queda lugar para suposiciones. Lo que está allí es lo que es. Y lo que está allí somos cada uno de nosotros, evidenciando con nuestras vidas que la Ley de la Renuncia rige no solo para los Hijos e Hijas de Cafh, sino para todos los seres humanos.

Estemos donde estemos, hagamos lo que hagamos, no olvidemos que somos un grupo de seres humanos comprometidos a vivir en sintonía con la Ley de la Renuncia y a participar esta forma de vivir a todas las almas. Es urgente que experimentemos la renuncia en lo cotidiano porque, al darle vida, nuestro mensaje se hace claro, directo y no da lugar a equívocos al reflejarlo con sencillez y coherencia.

Para transmitir el Mensaje de la Renuncia es necesario que comprendamos cómo opera la Ley de la Renuncia en nuestro ser. Como ley que rige en la vida, está presente en todo lo que ocurre de manera invariable y constante. Se manifiesta como devenir al mostrarnos a cada instante que todo cambia, que nada permanece. El desapego es la fuerza liberadora que nos abre la puerta hacia la comprensión y vivencia de la Ley de la Renuncia. Cuando tomamos distancia, podemos apreciar en toda su magnitud la influencia que nuestros apegos ejercen sobre nuestro discernimiento.

Si queremos comprender la Ley de la Renuncia, necesitamos liberarnos del apego a lo que creemos entender de ella. Definir la renuncia con nuestro acotado entendimiento, es fijar sus efectos a un momento y a una historia personal, porque ponemos el cerco de nuestra percepción como frontera a nuestro conocimiento. Negar la renuncia porque no la entendemos o porque no estamos dispuestos a dejar de alimentar intereses que subordinan el bien común a miras personales, es tronchar las posibilidades de desenvolvimiento del ser humano. Cuando, en cambio, no limitamos su significado ni su alcance a lo que cada uno de nosotros cree comprender, expandimos nuestro entendimiento y la vida se transforma en un fértil campo de aprendizaje. Demos, entonces, el paso necesario experimentando conscientemente los efectos de esta ley. Aceptemos la temporalidad de la vida, la enfermedad, la vejez, los continuos cambios, como un fenómeno natural de nuestra existencia. Vivir en sintonía con la renuncia es imprescindible para no quedarnos solamente con la vislumbre de la libertad interior que anhelamos alcanzar.

Si queremos vivir la Ley de la Renuncia, no nos apeguemos a la interpretación que



hacemos de nuestras experiencias ni a la imagen que tenemos de nosotros mismos.

Al entender que nuestras experiencias son limitadas, por ocurrir dentro de un contexto y de un estado de conciencia determinados, podremos mantener una actitud abierta para descubrir nuevas posibilidades, que sólo se develan cuando nos atrevemos a dejar de pensar que nuestra verdad es *la* verdad. El campo de lo desconocido, la temida incertidumbre del futuro, se transforma en fortaleza cuando franqueamos el umbral de los apegos para tomar y dejar, sin atarnos a las experiencias vividas. Permitir que el temor a lo desconocido nos agobie, es quitar alas al desenvolvimiento; es dejar que nuestra existencia se marchite en una serie interminable de experiencias, sin que tengamos la posibilidad de renovarnos en la saludable dinámica de la vida. El apego, al estar basado en el temor y en la inseguridad, no nos permite saborear la libertad interior, fruto de una sana confianza en nuestra capacidad como seres humanos para desenvolvernos y vivir con plenitud y armonía.

Tengamos la valentía de hacer frente a nuestra realidad de manera objetiva. El tomar conciencia de cómo respondemos, qué elegimos, adónde vamos, qué nos motiva y qué nos detiene, nos provee de la información que necesitamos para desapegarnos de la imagen que tenemos de nosotros mismos y de esta manera, conocernos y desenvolvernos. El desapego, al liberar nuestras ataduras, nos ayuda a alinear nuestras acciones de manera tal que respondan a nuestra vocación de renuncia. Esta coherencia, que armoniza nuestras aspiraciones más profundas con nuestro vivir cotidiano, nos genera plenitud y paz.

Veamos, entonces, a la Ley de la Renuncia con ojos amigables. Al tomar esta actitud, que es aceptación del devenir, de la ley de la vida, en lugar de entenderla como una fuerza que nos despoja, se nos revela como el medio que nos facilita la realización de nuestro profundo anhelo de desenvolvernos y de ser libres. Vivir inteligentemente, sintonizando con esta ley de la vida, es comprender que la renuncia no es sufrimiento sino liberación, que en lugar de empujarnos por la vía de la resignación, que es sometimiento, un darse por vencido, nos conduce por el camino de la aceptación que es apertura, inclusión.

Trabajemos por la igualdad de oportunidades para todos, especialmente en lo que atañe a nuestra misión: evidenciar que en cualquier medio o circunstancia, todos estamos llamados a desenvolvernos y que contamos con los bienes interiores para hacerlo. Asumir con entusiasmo la responsabilidad de que el Mensaje de la Renuncia esté vigente en nuestras vidas y de que vaya formando parte de la conciencia de la humanidad, es dar una respuesta cierta a este mundo que clama por una palabra de aliento y de esperanza, que parta de almas con fe en sí mismas y en las mejores posibilidades de todos los seres humanos.

Trabajemos en nuestro medio interior, transformándolo en lo que queremos que sea. No permitamos que luchas, conflictos, desavenencias o discusiones nos desanimen y resten impulso a nuestra ofrenda. Abracemos con toda la fuerza de nuestra intención y voluntad

el compromiso de ser instrumento de comprensión, de amor, de compasión y de unión en nuestro entorno. Por más pequeño que parezca el círculo de nuestra influencia, nuestro medio ambiente interior ejerce en el medio ambiente exterior un efecto evidente, cuya trascendencia no podemos medir.

Trabajemos denodadamente, con pureza de corazón, sin estar pendientes de recompensas o de reconocimiento; esto nos dará libertad para evaluar sin temor nuestras respuestas a la vida.

Cuando nos avenimos a vivir en sintonía con la Ley de la Renuncia, reconocemos que cada momento es único y tiene su sentido y su riqueza propia. No busquemos perpetuar experiencias ni tampoco frenar el devenir, por mantener la sensación de seguridad que da lo conocido. Aceptar el desafío de cada momento, con entusiasmo, fe y esperanza nos da la oportunidad de descubrir el potencial inherente a cada instante.

Seamos libres. Comprendamos y vivamos la Ley de la Renuncia. Adentrémonos en profundidad en esta ley que rige la vida y, por lo tanto, nuestras vidas. Identifiquémonos con la Gran Corriente para que nuestra energía esté aunada a la fuerza que nos conduce hacia la unión con lo divino. No hacerlo es vivir una ilusión que, tarde o temprano, dejará caer sus velos y nos producirá desencanto, pérdida de motivación y de la fe que nos sustenta.

Caminemos unidos. Abandonemos el afán personalista de ser alguien, por la dicha de ser en todos. Esta actitud hace emerger los mejores valores de la individualidad de cada uno para realizar un trabajo conjunto y armónico. Comprendamos que, para dar testimonio del Mensaje de la Renuncia, necesitamos del vínculo de la interdependencia que nos une los unos a los otros y nos facilita el cumplimiento de nuestra misión en la Gran Obra.

Respondamos al llamado de proclamar el Mensaje de la Renuncia, nuestro apostolado de amor, acompañados por los santos Maestros y bendecidos por la Divina Madre.

## ***Compromiso con nuestra ofrenda de vida*** ***Mensaje de Plenilunio 2008***

### *4ta Enseñanza*

Correspondamos con madurez espiritual a la vocación de renuncia que nos llama a consagrar nuestra vida al desarrollo de la Mística del Corazón, a través de un proceso consciente y amoroso de ofrenda de nosotros mismos. Al procurar establecer vínculos más incluyentes con la sociedad, la vida y el cosmos comprendemos la importancia de transformar esa expansión anímica en compromiso cierto.

*El compromiso que otorga fuerza de realización al anhelo por desenvolvemos en el contexto de la Mística del Corazón, es el que nace de la convicción profunda de que nuestros esfuerzos no son sólo para nuestro bien, sino que abren nuevos campos de posibilidades para todos los seres humanos.*

Busquemos expandir nuestro sentido de pertenencia. Trabajamos para un mundo más participativo e inclusivo que entre todos tenemos que crear y llevar adelante. Fomentemos el sentido de compromiso frente a este cometido. Aspiramos a ser seres humanos cabales, para lo cual necesitamos asumir responsabilidad por cómo delineamos nuestro destino y por lo que aportamos al medio en que vivimos. Es preciso reconocer, en este sentido, que el tiempo que dedicamos a pensar en otras personas, en otros grupos humanos, en las necesidades de otros es muy escaso. No es infrecuente que nuestros pensamientos y afectos estén más centrados en ver qué nos proporciona la vida, qué nos dan los demás, qué provecho podemos sacar de lo que nos rodea, que en ampliar los límites de nuestra incumbencia.

Aprendamos de quienes han aportado cambios sustanciales para el bien de la humanidad, ya que han enfrentado el extraordinario desafío de olvidarse de sí mismos para trabajar por las necesidades del mundo. Olvidarse de uno mismo no es desatender los compromisos personales; por el contrario, es traspasar el límite de los propios intereses, hasta comprender que el mundo es nuestra casa y que en nuestro corazón podemos albergar a todas las almas.

Ciertamente, pasar de un estado de conciencia donde creemos ser el centro del universo, al estado de conciencia donde nuestras respuestas a la vida evidencian que nos sentimos parte integrante de todo lo que existe, no es un tránsito fácil. Especialmente se hace difícil si estamos dispuestos a responder por ese todo. Por esto, aunemos esfuerzos, tracemos cauces que nos fortalezcan en nuestra maravillosa tarea de expandir nuestro amor hasta abarcar al mundo entero.

*El compromiso que gesta nuevos horizontes es el que se apoya en el amor y la ofrenda y no se limita con temores ni reticencias.*

Comprendemos que la ofrenda, nacida de una profunda reverencia y amor por la vida, no es un esfuerzo esporádico, limitado por la idea de lograr algo a cambio, sino es el resultado de una actitud participativa y humilde que nos ubica en la realidad de ser y sabernos un alma entre las almas.

Trabajemos para que esta actitud interior se arraigue en nuestro corazón, para que desde ese centro surja abundante fuerza de realización. Sabemos que potencialmente contamos con la libertad y la capacidad de hacer los cambios que anhelamos en nuestra vida y en el entorno. Demos un paso más: asumamos el compromiso de ejecutar nuestros sueños en la vida diaria. Esta es la forma de generar, además de una transformación en la calidad de la propia vida, la energía indispensable para transformar al mundo en un ámbito de mayor ecuanimidad, equilibrio y armonía.

Hagamos que las experiencias místicas, esas breves percepciones de un estado de conciencia más expansivo, se transformen en vivencia con poder de concreción en donde estemos. Sabemos que con tesón podemos llegar hasta un punto en el camino pero, para pasar esa puerta, descubrir otro campo de posibilidades, hace falta un esfuerzo y una intención que estén alimentados por la vocación de renuncia. Cada uno de nosotros determina hasta qué cota del monte de la vida decide ascender. Esta es la libertad de que disponemos. Despleguemos al máximo nuestro potencial humano para que logremos superar la resistencia al cambio y podamos transformar sentimientos egoístas, limitados, en sentimientos egoentes, expansivos.

*El compromiso que da lugar a una ofrenda sostenida en tiempo e intensidad es el que nace de la comprensión de que asumir la tarea de desenvolverse no es un trabajo más, es una gracia.*

Cuando el proceso de desenvolvimiento se vive con convicción, da plenitud. La plenitud interior la alcanzamos progresivamente a medida que avanzamos en el conocimiento de nosotros mismos. Esta plenitud es producto de saber con qué contamos, en qué trabajar y cómo hacerlo. Cuando fijamos la atención en la búsqueda de la Unión Sustancial, la fugaz experiencia de unión con la Divina Madre, que marcó nuestro primer contacto con Cafh, se convierte en el núcleo de nuestra vida para nuestro bien y el de las almas. Si para nosotros es importante el desenvolvimiento de todos los seres humanos, pongamos manos a la obra comenzando en nuestro interior, aquietando el oleaje de los sentimientos y pensamientos que nos mantienen en un continuo vaivén. Solo un mar sereno nos puede ofrecer un horizonte definido. Trabajemos para hacernos dueños de nuestro destino profundizando en el conocimiento de nosotros mismos, cada día, desde cada nuevo estado de conciencia. Para una conciencia en expansión, los vínculos con la realidad cambian, porque los móviles y los objetivos también se amplían, haciéndose más incluyentes y participativos.

Busquemos el encuentro con la propia realidad. Es ésta una tarea de toda la vida. Es un

proceso de autodescubrimiento que se da en la medida en que nos enfocamos en realizarlo. Quitemos con honestidad los velos que enturbian nuestra percepción, hasta que se revele a nuestros propios ojos lo que queremos hacer de nosotros mismos. Una vez descubierto cuál es el anhelo más profundo que albergamos en nuestro corazón, queda en nuestras manos decidir cuánto queremos comprometer para realizarlo. Si elegimos darnos, ofrendar nuestras vidas, trabajar por un mundo mejor, ésta es la primera obra que hemos de realizar: dejar de ser una carga para el mundo llevando sobre nuestros hombros la cuenta de amor de nuestra propia vida, asumiendo con responsabilidad nuestro destino.

*El compromiso que se renueva con amor cada día, a cada momento, promueve un cambio en la conciencia que crea nuevos surcos mentales y hace de la voluntad una fuerza irreductible.*

Como individuos necesitamos crear nuevos modos de vincularnos con la vida y de relacionarnos con el entorno, que den lugar a que posibilidades insospechadas se desplieguen en el horizonte humano.

Facilitemos esa labor, abocándonos a abrir esos nuevos caminos. Dejemos de identificarnos con pensamientos y sentimientos limitados a nuestros intereses personales, simples rieles por donde corren nuestros hábitos. Accedemos a nuevas posibilidades osando reconocer que siempre han estado a nuestro alcance. Para transformar positivamente nuestra realidad, solo necesitamos determinarnos a hacerlo y comprometernos a ejercer esa determinación. No temamos equivocarnos; es más sabio exponernos que quedarnos en el umbral de la ofrenda.

Adentrémonos en nuestro interior sin temor y sin prejuicios. Identifiquemos nuestras aspiraciones más profundas, nuestros principios, nuestros ideales, especialmente aquéllos que nos unen a la totalidad de la existencia y, desde allí, proyectemos nuestras vidas. Esto nos permitirá vivir con plenitud el Camino de la Renuncia, el camino de Cafh.

## ***Reverencia por la vida***

### ***Mensaje de Plenilunio 2009***

#### *5ta Enseñanza*

¡Amemos la vida!

¡Amemos la vida tal como se expresa a través de cada uno de nosotros!

¡Amemos cada expresión de la vida como un potencial a desarrollar!

¡Expresemos nuestro amor a la vida desarrollando la egoencia!

Nuestro objetivo es claro: armonizar nuestra individualidad única, irrepetible, con nuestro destino de unión con lo divino, es decir, alcanzar la egoencia. Para generar esta individualidad egoente hemos de enfocar nuestro empeño en develar lo que mueve nuestros pensamientos y sentimientos; en desarrollar la conciencia para que nos lleve a ser inclusivos, compasivos, participativos; en desenvolver plenamente nuestro potencial como individuos; en perseverar hasta el final con la resiliencia de quien surge de cada experiencia fortalecido por lo aprendido; en fijar la mirada en la Divina Madre y caminar hacia Ella.

Al entender que somos los artífices de nuestro destino como individuos y como humanidad, comprendemos la importancia de preguntarnos por qué pienso como pienso y por qué siento como siento. Es ahondando en estas preguntas como descubrimos que en el trasfondo de nuestros pensamientos y sentimientos hay un resorte que activa nuestras respuestas. Ese resorte es la intención que nos mueve y es lo que debemos conocer, cuidar y cultivar. Vemos que, en los últimos años, se ha puesto mucho énfasis en concientizar qué elegimos para alimentar nuestro cuerpo, pero pocas veces nos preocupamos de qué se nutren nuestros pensamientos y sentimientos. Ahondemos en esta tarea, ya que de ese alimento depende el fruto que pueda ofrecer nuestra vida. Si dejamos de lado el temor a conocernos tal como somos y reconocemos las verdaderas intenciones que nos mueven, podremos ir sobreponiéndonos a nuestras limitaciones y egoísmos para elegir la intención que promueve nuestro desenvolvimiento, para bien nuestro y de todas las almas.

En nuestro caminar hacia la individualidad egoente se expande nuestra conciencia y cambia nuestro modo de relacionarnos con la vida. ¿Qué nos lleva de una existencia centrada en nosotros mismos a una vida en la que desarrollamos la capacidad de ser inclusivos, compasivos y participativos? Lo que produce esta transformación es un cambio en los objetivos de nuestra vida, lo que, a su vez, cambia la relación que tenemos con todo lo existente. Por eso es importante aclararnos a nosotros mismos qué queremos hacer de nuestra vida, realmente. Si elegimos el desarrollo de la inclusión, la compasión y la participación, esos principios regirán nuestras elecciones. Aun cuando nuestra

voluntad flaquee y no tengamos la fuerza suficiente para elegir lo que condice con nuestras aspiraciones, esos principios nos harán tomar conciencia de que nos estamos alejando de nuestra meta, y esto nos dará la oportunidad de redelinear nuestro camino.

Al desarrollar plenamente nuestro potencial como individuos, con conciencia, con compromiso, trascendiendo nuestra esfera personal, se evidencian las innumerables posibilidades del ser humano. Nos liberamos interiormente porque no nos paraliza el temor a perder lo que creemos ser, tener, ganar. Descubrimos que solo liberándonos de lo que creemos ser nos encontramos con lo que verdaderamente somos. Comprendemos que, en realidad, más que adueñarnos de bienes materiales, sólo podemos usarlos, disfrutarlos pero no poseerlos. El bien que es permanente y da valor a nuestra vida es el desenvolvimiento espiritual. Al expandir nuestra conciencia traspasamos el límite de lo personal y abarcamos campos cada vez más incluyentes, hasta abrazar lo que no conocemos y apenas intuimos.

El desarrollo de la individualidad egoente, no requiere agregar nada a lo que uno ya es. Más bien, consiste en hacerse una nada para poder reflejar lo divino. Desde nuestra infancia aprendemos que hemos de expresar nuestra voluntad diferenciándonos. Cuando elegimos desenvolvernos espiritualmente buscamos expresar nuestra voluntad identificándonos, hasta unirnos interiormente con el objeto de nuestro amor: la Divina Madre. Nuestra individualidad es real, si bien no logramos expresar espontáneamente todo su potencial sin un esfuerzo dirigido hacia ese fin. No conocemos cabalmente ni **nuestra** realidad ni **la** realidad; las percibimos a través de nuestro propio filtro y el de la sociedad en que vivimos. Nuestra mente, a través de imágenes, conceptos, temores, juicios, interpretaciones, pone velos que nos impiden ver la realidad tal como es. Tomar conciencia de este hecho es el primer paso. A partir de allí comienza el trabajo de ir descubriéndonos. Logramos una individualidad egoente a través de un trabajo consciente orientado hacia la esencia de quiénes somos.

Cuando iniciamos este camino hacia una individualidad egoente sabemos que no es un trabajo para un día, por un tiempo nada más. Es una tarea de toda la vida. Perseverar hasta el final en este objetivo, con la resiliencia de quien surge de cada experiencia fortalecido por lo aprendido, ha de ser la manera en que visualicemos nuestra “marcha del alma” hacia la unión con la Divina Madre. Esta es nuestra mística, nuestra actitud para vivir, nuestro compromiso. Cuando el anhelo de unión con la Divina Madre se mantiene actualizado en nuestras vidas, permanecemos interiormente serenos, con la mente y el corazón fijos en nuestra misión espiritual. El permanecer dentro del ámbito de una idea trascendente, impregna la intención que da dirección y sentido a nuestras vidas. Esta fijación espiritual se traduce en estabilidad interior. Cuanto más apoyamos la actividad exterior en esta estabilidad interior, mayor es la trascendencia de nuestro hacer. Aquietar la mente, remansar la corriente de los pensamientos y sentimientos, aclara progresivamente la percepción que tenemos de nosotros mismos y simultáneamente va

ampliando el área de nuestra incumbencia. Cuando, a través de la práctica, surge espontáneamente en nosotros la fijación espiritual, cesa toda búsqueda. Encontramos nuestro lugar, nuestra misión, lo que da sentido a nuestra existencia; solo resta cumplirla. Imbuidos de este anhelo de unión con la Divina Madre, el estado de oración deja de ser una ilusión para convertirse en la forma en que nos relacionamos con todo lo existente. Nos transformamos en creadores de ambientes favorables para el desenvolvimiento espiritual al impregnar y cargar con nuestro magnetismo personal, con la fuerza de nuestros sentimientos y pensamientos positivos, cada lugar en el que estamos.

Expresemos el profundo anhelo de desarrollar nuestra individualidad egoente con nuestra confiabilidad, coherencia, serenidad y alegría de vivir. Nos constituimos en seres humanos confiables a través de la responsabilidad personal y social con que actuamos. La coherencia da continuidad a la responsabilidad y evidencia que vivimos con principios. La serenidad se asienta en el profundo amor y confianza en lo divino y la alegría nace de la plenitud de nuestra ofrenda.

Mostremos nuestro aprecio por cada instante de vida que la Divina Madre nos ha concedido, desenvolviéndonos.

Reverenciamos la vida en todas sus manifestaciones sin rechazar lo que es propio de la vida misma.

Celebrems cada instante de la existencia como una instancia preciosa, como el don de la vida. Y celebremos con unción la gracia de compartir la vida con nuestros compañeros y compañeras de camino, que son todas las almas.



## ***Una nueva visión del trabajo social: el desenvolvimiento espiritual*** ***Mensaje de Plenilunio 2010***

### ***6ª Enseñanza***

¡Valoremos la trascendencia de la Obra de Cafh en el mundo!

¡Experimentemos la felicidad de participar de una obra que va más allá del término de nuestra vida y de las posibilidades que cada uno de nosotros pueda llegar a realizar!

¡Apreciemos el valor no solo de lo que alcanzamos con nuestro desenvolvimiento interior, sino el valor de cómo el proceso mismo nos transforma!

Somos conscientes de la trascendencia que la Obra de Cafh tiene en nuestras vidas y en el mundo. Somos parte de esta Obra de amor por elección propia. Asumir este cometido ha sido la respuesta a un despertar interior que ensanchó el horizonte de nuestras posibilidades y amplió nuestra perspectiva de manera notable. Hemos expandido nuestra conciencia, nuestro interés, nuestra visión del mundo y de la vida con los medios que nos fueron entregados.

Ante esta abundancia de bienes sentimos que es nuestra responsabilidad devolver al menos parte de lo mucho que hemos recibido. Sentimos la responsabilidad de ofrendar el fruto del desenvolvimiento espiritual a un mundo sediento de valores, de respuestas claras, que más que detenerse en teorías o especulaciones, anhela ver ideas hechas vida. Esta ofrenda implica entregar la fuerza espiritual que atesoramos en nuestro corazón para bien de las almas. Implica, también, aportar el sosiego y la plenitud de una vida consciente, comprometida y esencialmente libre.

Dar sentido de misión a esta labor es otorgarle importancia prioritaria en nuestra vida. Es dar aún mayor trascendencia a nuestra participación en la Obra de Cafh, a través de un hacer basado en esta actitud e intención. Esta misión se nutre de la vocación y responde a la conciencia y es por ello una potencia de amor que trasciende nuestra esfera personal y transforma nuestra voluntad en una fuerza creadora.

Los seres humanos necesitamos oportunidades y esperanza. Necesitamos saber que podemos dar un sentido trascendente a nuestra existencia. Lo que como Hijos e Hijas podemos dar, es la evidencia de lo que la práctica del método de Cafh produce en una vida, en la nuestra. Esto nos lleva a sentir la urgencia de focalizar aún más nuestras energías en el cumplimiento del propósito de nuestra existencia que es desenvolvernos plenamente. De esta manera honramos nuestra vida y nuestra pertenencia al Cuerpo Místico de Cafh.

Aspirar a una vida profunda, con sentido, es un gran paso; vivirla en lo cotidiano produce un resultado que nos trasciende.

Abracemos con renovado entusiasmo nuestra participación en la Obra de Cafh. La trascendencia de su propuesta se basa en el llamado a asumir la tarea de desenvolvimiento que cada uno realiza en su alma como la principal obra social para su propio bien y el de todos los seres humanos.

La participación amplia y voluntaria en la realización de la Obra de Cafh es nuestro compromiso. Cuando lo asumimos lo hacemos con entera libertad y por amor. Este rasgo nos libera del apego a nuestras acciones y nos permite explorar las innumerables posibilidades de nuestro camino para encontrar un lugar, nuestro lugar, dentro de esta maravillosa Obra de amor.

Desarrollemos, a través de nuestro propio desenvolvimiento, el pensamiento universal que Cafh propone. El Mensaje de la Renuncia es el aporte desinteresado que Cafh ofrece sin imponer ni pretender adueñarse de la verdad. Este Mensaje ha de llegar como un aliento de esperanza a una sociedad dividida en pares de opuestos que luchan entre sí por prevalecer.

Abracemos nuestra participación en la Obra de Cafh como reunión de almas que integran un cuerpo místico y como individuos que aportan su perspectiva única. La trascendencia del cumplimiento de nuestra vocación es una semilla depositada con amor en el corazón de las almas.

Como cuerpo místico, reunidos con un mismo objetivo, un mismo ideal, aunando esfuerzos, acompañándonos, comprendiéndonos, alentándonos mutuamente, trascendiendo lo particular, demos vida a una fuerza creadora que impulse el adelanto de la humanidad.

Desde nuestra perspectiva individual abramos camino usando inteligentemente nuestro libre albedrío, nuestra energía y las herramientas que la ascética y la mística de Cafh nos ofrecen. Profundicemos esta labor de abrir camino con nuestro creciente sentido de libertad y responsabilidad.

En el mundo de hoy, dar testimonio de que podemos usar nuestro libre albedrío de manera inteligente para desenvolvernos, para superar vallas reales e imaginarias, para vencer el temor de conocernos ampliamente y con libertad, es un bálsamo de amor que alivia las profundas heridas que surcan el rostro de la humanidad.

En medio de la generalizada enajenación que produce la vida agitada en la actualidad, reservar nuestras energías por amor y usarlas de manera positiva, como un suave hálito, transmite paz a nuestro alrededor. A través de esta reserva de energía fortalecemos valores al vivirlos; creamos nuevos ambientes de confianza y amistad; gestamos campos de posibilidades; damos esperanzas ciertas; generamos fe en las posibilidades del ser humano.

El trabajo ordenado y metódico que realizamos en nuestras vidas a través de la ascética

mística de Cafh nos lleva a desarrollar un sentido de no posesión inteligente y sabio. Comprendemos el desacierto de aferrarnos a un objeto, a un sentimiento, a una persona, a una idea. Simultáneamente con esta comprensión, adquirimos una notable sensibilidad y percepción del entorno. Esto profundiza nuestro sentido de responsabilidad individual y social y da como resultado un desenvolvimiento tanto personal como de conjunto.

La libertad de pensar, sentir y actuar, basada en un sentido de responsabilidad desarrollado por la expansión de la propia conciencia, abre un inmenso campo de posibilidades para el ser humano. Dejamos de sentirnos constreñidos por normas, porque alimentamos valores interiores y profundos. Estos valores tienen la capacidad de transformar cualquier compromiso asumido en una forma de vivir, más que en una norma a seguir.

¡Qué gracia la nuestra de colaborar en la Gran Obra a través del granito de arena que cada uno de nosotros puede aportar!

La Divina Madre habló a nuestro corazón al encender la llama de la vocación. Acudimos a su llamado, prestos a comprometernos y a colaborar en la tarea que hemos abrazado. Fácilmente se podría calificar de audaz esta actitud, de no estar arraigados en nuestro corazón la fe, la confianza y el amor a lo divino.

Hagamos de la unión sensible que experimentamos desde el primer contacto con Cafh, el puente que nos conduce hacia la unión anímica, fruto de una práctica continuada de la Ascética de la Renuncia. Estos momentos de profunda unión anímica nos facultan para fijar nuestra alma en nuestro centro espiritual, haciendo vida la Mística del Corazón. Continuemos nuestro camino, avancemos hacia el horizonte que nos trasciende y anhelemos con todo nuestro ser la unión permanente con la Divina Madre. Esta Unión Substantial con Ella es nuestro destino y el de todas las almas.

## ***Buscadores de libertad interior***

### ***Mensaje de Plenilunio 2011***

#### ***7ª Enseñanza***

¡Cafh es un camino de liberación interior! Busquemos ser almas interiormente libres para poder recibir, sostener y avanzar en el desarrollo de la idea de la Renuncia que nos hemos comprometido a vivir y transmitir.

El mundo necesita de almas que vivan la idea de la Renuncia y que trabajen en actualizar y hacer efectiva su posibilidad de liberación interior, que es patrimonio de todos los seres humanos.

A través de nuestro esfuerzo por desenvolvernos y de sucesivas elecciones hemos ido trazando un derrotero como individuos y como Camino pero, para que ese desenvolvimiento sea un proceso sostenido, tiene que haber una elección de vida que genere la fuerza que lo alimente. Si bien nuestra elección de vida la hacemos una vez, la renovamos instante a instante en nuestras elecciones diarias. La fuerza que hace que esas elecciones nos mantengan en la senda que hemos elegido es un incontenible amor a la libertad interior.

El anhelo de libertad es inherente al ser humano. Junto con este anhelo está el de darle un sentido a la propia vida. ¿Qué valor tendría para nosotros la libertad si no nos llevara adonde queremos ir? Buscamos libertad para crecer, para explorar, para descubrir, experimentar y desenvolvernos; procuramos desarrollar todas nuestras posibilidades para ir siempre más allá de lo que avizoramos en este momento.

El ser humano es intrínsecamente libre de pensar, sentir y actuar como elija hacerlo pero nunca antes tantos seres humanos han tenido la posibilidad de elegir entre tantas opciones, en todos los campos, como las que tenemos hoy. Sin embargo, comprobamos que no es el poder elegir entre gran cantidad de opciones lo que nos lleva a la plenitud, sino la capacidad de elegir aquellas opciones que nos conducen a realizar nuestro fin último.

¡Busquemos ser almas liberadas de nuestras limitaciones interiores! Es lo que el mundo necesita y lo que permite que cada alma avance en su proceso de desenvolvimiento. Solo siendo interiormente libres podremos crecer en armonía con el devenir. Si nos quedáramos apegados al pasado muy pronto nos encontraríamos sin fuerzas, desmotivados y desilusionados, con la sensación de querer alcanzar algo que escapa a nuestras posibilidades.

Como buscadores de liberación interior procuremos abrir brecha en la multitud de ideas que impulsan a la humanidad en diversas direcciones. Estas ideas generan poderosas corrientes que muchas veces se mueven a la deriva sin que sepamos cuál es su origen, quién las dirige, ni con qué aval de desenvolvimiento interior o con qué intención se

manejan. ¿Quiénes orientan las nuevas tendencias? ¿Quiénes son referentes en los que se puede confiar?

Pasamos de un mundo de cambios predecibles que se daban en un espacio conocido y en un tiempo que permitía una gradual adaptación, a un mundo donde los cambios son tan profundos y vertiginosos que nos vemos arrollados por ellos. Nos sentimos compelidos por fuerzas que nos arrastran y no encontramos ni el lugar ni el momento para detenernos a pensar hacia dónde vamos. Y cuando nos preguntamos quién nos corre o detrás de qué corremos, las respuestas no suelen ser claras.

Hemos tenido el privilegio de ser actores y espectadores de un momento histórico en el que, en muy pocos años, se ha dado un extraordinario proceso de transformación en la humanidad.

Los rápidos cambios pueden desestabilizarnos pero, si sabemos vivirlos, pueden ser una maravillosa ayuda en nuestro proceso de desasimilación y de ofrenda. Los Hijos e Hijas regimos nuestras vidas por la ley de la Renuncia. El valor de esta ley radica en que, cuando se la acepta y se la vive, lleva al ser humano a trascender lo personal y limitado para acceder a un mundo sin ataduras y sin fronteras.

Si bien nuestro campo de trabajo abarca la vida en su totalidad, podemos concretarlo en algunos enfoques que nos ayudan a orientar nuestra búsqueda de liberación interior.

Necesitamos liberarnos del sentido de posesión y estar preparados para adaptarnos inmediata y espontáneamente a cualquier cambio y condición que nos afecte. Para ello tenemos que aprender a no estar pendientes de gustos personales, de apegos mentales o afectivos, de expectativas y de apoyos. La fuerza que nos ubica proviene de la fijación interior, de estar centrados en nuestra vocación, en nuestro compromiso de ofrenda. Esto nos permite vivir plenamente lo que la vida nos brinda y, a la vez, tener la libertad de dejarlo todo en cualquier momento. El secreto de la no posesión está en descubrir y reconocer que la riqueza de lo adquirido o logrado no radica principalmente en el resultado que obtenemos con nuestro trabajo, sino en la entrega de nosotros mismos a través del esfuerzo por realizarlo. Cuando comprendemos esto ningún bien material, intelectual o espiritual nos sujeta. Lo más importante es lo que dimos de nosotros mismos y lo que se transformó en nosotros en el proceso que vivimos. Por otra parte, si quedamos prisioneros de los resultados, estos con el tiempo pierden actualidad y nos atrapan en el pasado.

Necesitamos liberarnos del temor que tiende a provocar la incertidumbre. Para poder desenvolvernos necesitamos asentarnos sobre la confianza en nosotros mismos, en nuestro valor como buscadores de libertad interior. Esta condición es lo que nos permite avanzar con audacia y determinación en pos de una misión que nos trasciende. La incertidumbre genera temores que nos hacen ver el mundo como una amenaza. Nuestra fuerza se desgasta en crear defensas ante el continuo presagio de posibles peligros. Es

afianzándonos en la tarea de hacer de nosotros mismos lo que queremos llegar a ser como nos fortalecemos y logramos, gradualmente, disipar nuestros temores y generar paz interior.

Necesitamos liberarnos de la necesidad de querer ser como aquellos que idealizamos. Por alcanzar los logros de otros, no descubrimos el potencial propio. Por otra parte, la comparación y la competencia nos alejan del camino que lleva a la egoencia, la verdadera individualidad que solo se encuentra buscando en nuestro interior los valores esenciales que tenemos que alimentar y hacer crecer. Evitemos el protagonismo, el querer ser el centro de atracción, la figura que se destaca, la persona admirada. Es fácil quedar atrapados por el placer del halago pero no tan fácil mantener la ecuanimidad y no dejarnos seducir. La soberbia de querer demostrar que uno, por sí mismo, puede o sabe todo o, al menos, más que los demás, oscurece la comprensión de nuestra ineludible interdependencia. Desconectados del todo nunca alcanzaríamos nuestro pleno desarrollo. Ni siquiera tendría sentido nuestra vida.

Cualquier lugar que uno quiera ocupar en el mundo es inestable. Cualquier circunstancia, o aun el predecible devenir de la vida, pueden provocar su pérdida. Al dejar de buscar un lugar protagónico nos permitimos ser en libertad. Dejamos de fluctuar entre los polos de éxito y fracaso para vivir con serenidad y paz interior.

El fruto de la vida espiritual es la liberación interior. Quiera la Divina Madre concedernos la gracia de mantener siempre vivo en nosotros el espíritu de buscador para que, atentos y alertas al verdadero sentido de la existencia, podamos ser plenamente libres para vivir y transmitir la idea de la Renuncia.

## ***El Templo de Oro*** ***Mensaje de Plenilunio 2012***

### *8ª Enseñanza*

¡Revitalicemos nuestro vínculo con la fuente misma de nuestra vocación! Retornemos una y otra vez al Templo de Oro que se asienta en el corazón, al palpitar cadencioso, al silencio, a la simplicidad.

Revitalizar el vínculo con la vocación es preguntarme qué significa para mí el compromiso de desenvolverme espiritualmente. Es responderme con honestidad cuánto de mi vida estoy dispuesto a comprometer para lograrlo. Es saber por qué elegí recorrer este camino y qué sentido tiene para mí hacer este esfuerzo. Es tomar conciencia de que todo lo que hago debiera orientarse a cumplir ese objetivo. Es verificar cuán unida está mi voluntad al propósito de mi existencia.

El primer compromiso que asumimos es con nosotros mismos: “*Cultivar el hábito de silencio que me lleve al conocimiento de mí mismo y a expandir mi amor*”. Hago evidente que busco conocerme al cultivar una actitud de humildad y agradecimiento, discreción en el trato y empatía con las almas. Hago evidente la expansión de mi amor a través de una forma de actuar cuidadosa y atenta, pronta a brindar amistad, asistencia y colaboración en un ámbito que comienza en lo más cercano y se vuelve cada vez más amplio, más inclusivo.

El segundo compromiso es el que asumimos con Cafh. Hago evidente esa adhesión a través de mi identificación con sus ideas, al hacerlas mías y expresarme a través de ellas, al profundizarlas y trabajar por ellas.

El tercer compromiso es el que asumimos con la sociedad. Hago evidente este compromiso a través del olvido de mí mismo y de lo que elijo hacer y priorizar, sin dejar que circunstancia alguna se interponga en mi camino de ofrenda.

Cafh nos invita a liberarnos, a ser almas libres. Por paradójico que parezca, en vez de limitarnos, cada compromiso nos libera, porque nos lleva a ceñir más nuestras vidas a lo que queremos llegar a ser. Nos invita a soltar amarras y a lanzarnos a las profundidades del insondable amor de la Divina Madre.

Busquemos la inmovilidad interior, la paz del alma, la quietud que nos permite contemplar nuestra vida como un todo; busquemos comprender, participar y elegir cada paso con sabiduría, desde lo profundo de nuestro ser.

La mística del corazón nos enseña a buscar armonizar la fijación en nuestro centro interior con una actividad exterior fructífera, útil y eficiente.

Esta dualidad se expresa a través de las ideas de Presencia y Participación.

La Presencia se logra cuando dejamos de saltar de un objetivo a otro y nos fijamos interiormente en un objetivo único, trascendente: en cumplir nuestra vocación, que es llegar a ser un alma sustancialmente unida a la Divina Madre.

La Participación nos permite superar el peligro de quedar centrados en nosotros mismos al hacernos tomar conciencia de que somos en todo y en todos.

La aparente contradicción que implica vivir simultáneamente en Presencia y en Participación se resuelve a través de la Reversibilidad que nos impide caer en la dispersión y nos mantiene en la idea única de ofrendarnos sin esperar nada a cambio. La Reversibilidad nos otorga la flexibilidad de poder participar con todas las almas, en todos los aconteceres de la vida y del mundo, sin quedar por eso atrapados en acciones y sin perder de vista nuestra vocación.

Para lograr este estado de simplicidad que nos lleve a vivir en Presencia y Participación, ser una fuente de paz y transmitirla, usemos los medios que el método de Cafh nos brinda.

Valgámonos de la oración, que nos conduce a ser humildes al reconocer que hay algo que nos supera; y a desarrollar fe en las posibilidades del ser humano al trabajar sobre nosotros mismos sin apoyarnos en el estímulo de ver resultados.

Valgámonos de la elevación del pensamiento y la invocación a lo divino que nos recuerda hacia dónde vamos, nos hace conscientes de nuestro destino y de nuestra razón de ser.

Valgámonos de la práctica de la meditación que nos enseña a relacionarnos con lo trascendente y a hacer que ese contacto nos mueva a desarrollarnos.

Valgámonos de la reflexión que nos permite darnos una pausa para discernir con claridad y así aprovechar las enseñanzas que nos brinda la vida.

Valgámonos del ejercicio de detención que nos induce a desarrollar paciencia y comprensión y nos hace dueños del presente, de nuestros impulsos y pasiones.

Busquemos la lectura edificante que nos inspira y nutre lo mejor en nosotros.

Hagamos una práctica habitual del acto contrario que nos lleva a trascender nuestros gustos e inclinaciones para lograr responder a las necesidades reales y poder unirnos a todas las almas sin distinciones.

Revitalicemos el vínculo con nuestra vocación, con el momento más luminoso de nuestra existencia, para que su fuerza nos lleve a dar un nuevo salto en nuestro desenvolvimiento para el bien de nuestra alma y de todas las almas.

Busquemos con todo nuestro ser ingresar en un nuevo ámbito de posibilidades. Abramos esa puerta sin temor a perder esa comodidad que nos aletarga, esa seguridad que no es más que una ilusión, ese lugar que hoy ocupamos pero que mañana nos veremos obligados a dejar.

Busquemos el templo interior donde podamos permanecer en adoración de amor a los



pies de la Divina Madre, ante el misterio de la vida y de la muerte. Busquemos la paz, la luz, la medida justa de todas las cosas. Irradiemos alegría, serenidad, amor.

## ***Coherencia entre palabra, acción y ofrenda de vida*** ***Mensaje de Plenilunio 2013***

### ***9ª Enseñanza***

Demos cohesión e impulso a nuestros esfuerzos por desenvolvernos espiritualmente. Procuremos ser coherentes, de manera que todas nuestras expresiones condigan con la vocación de renuncia que hemos abrazado.

***La palabra mueve, el ejemplo conduce pero solo el darse transforma.*** A través de esta iluminadora sentencia estudiemos en nosotros cada una de esas expresiones para caminar hacia el logro de una vida coherente.

***¡Vivamos con coherencia a través de nuestra palabra!*** Nos expresamos por medio del lenguaje oral, del escrito y el gestual. Pero no solo expresamos lo que pensamos y sentimos, sino que a través del lenguaje también transmitimos nuestros estados interiores. Más aún, la palabra transmite energía, nuestra energía. Por eso la palabra mueve. Es la potencia creadora que transforma la materia en mente y la mente en materia. La idea se concreta, la fuerza para realizarla se activa y la obra soñada comienza a llevarse a cabo en los hechos. La palabra convocó a reunirse a los primeros Hijos y con su respuesta nació el Cuerpo Místico de Cafh. La palabra es un inmenso poder puesto en nuestras manos y bajo nuestra responsabilidad. Experimentamos ese poder cuando el llamado interior resonó en nosotros y nos movió a asumir con un voto expreso el compromiso de desenvolvernos. Esa voz, la voz de nuestra vocación, ya no se puede apagar. La ceguera, la inconciencia, dieron paso a la luz. Tomamos conciencia de que desenvolvernos es nuestro destino insoslayable. No podemos ignorarlo ni encubrir esta realidad: nuestra vida cobra sentido si nos desenvolvemos. Surge entonces la pregunta de cómo podemos lograr ese desenvolvimiento. Y son palabras y lo que ellas transmiten lo que nos mueve a activar nuestras fuerzas, a encaminar nuestros pasos, a responder con acciones consecuentes.

Sabemos que la riqueza de nuestra propia experiencia es lo que verdaderamente da fuerza y convicción a nuestra palabra. Lo que estimula a las almas y aviva en ellas la necesidad de expandir su conciencia no son solo las ideas que se desarrollan, sino también la fuerza de la palabra viva, la que mana de nuestro desenvolvimiento, de nuestra fidelidad a la Obra de Cafh, de nuestra profunda adhesión a la Idea de la Renuncia. Esta palabra, fruto de nuestro trabajo interior profundo y comprometido, por un lado fomenta en nosotros la necesidad de mantener el esfuerzo por desenvolvernos y, por otro, impulsa a quien la escucha a hacerla efectiva en su propia vida y así desenvolverse.

Es nuestro compromiso difundir las ideas de Cafh a través de nuestra palabra; es por esto que tenemos que ser muy conscientes de que lo que da fuerza a nuestro mensaje es el testimonio de la propia renuncia.

Analícemos cuidadosamente lo que decimos para asegurarnos de que condiga con nuestros principios e ideales. Recordemos que la coherencia, más que una virtud, es una actitud de vida, expresión del amor real. Las incoherencias surgen cuando hay otros intereses de por medio en el camino de la ofrenda, de la renuncia a uno mismo.

***¡Vivamos con coherencia a través de nuestro ejemplo!*** Al comienzo, el desenvolvimiento espiritual es algo que comprendemos y de lo que podemos hablar. Nuestro entusiasmo y convicción nos mueven y mueven a otros. Sin embargo, sabemos bien que los movimientos emotivos no bastan para desenvolvernos. Comprobamos que cuando logramos que haya coherencia entre todas las formas en que nos expresamos y nuestro ideal espiritual, generamos bienestar y armonía.

Si bien logramos este ideal en forma gradual, lo que nunca nos ha de suceder es que dejemos de esforzarnos por alcanzarlo. No cabe duda de que el desenvolvimiento es un proceso y que un proceso implica vida, movimiento, búsqueda permanente y dinámica. Al poner en práctica nuestras ideas espirituales vamos abriendo de manera efectiva un camino de desenvolvimiento. Así es como, a través de nuestras respuestas nobles y responsables a la vida, tenemos la posibilidad de ser un ejemplo, un referente para las almas.

Para nosotros, ser un ejemplo no es ser un modelo a ser imitado sino ser quien, por su integridad y plenitud interior, despierta en otros su propia capacidad de vivir con plenitud. Cuando somos plenos por la generosidad con que vivimos y por la atención completa al presente como nuestra mejor y más real oportunidad de darnos, de expandir nuestra conciencia y de abrir nuestro corazón, somos referentes de lo que el camino de la renuncia produce en el alma.

Cuando somos referentes, es decir, cuando todo nuestro hacer refleja una vida interior plena, comprometida y consciente, nuestro ejemplo no crea dependencia en otros sino despierta en ellos la fuerza que los lleva a descubrir sus propios recursos y valores. Quien es referente vive para la humanidad. Lo que busca es satisfacer las necesidades reales del ser humano. Para cumplir esta misión no podemos estar reviviendo el pasado, lamentando el presente ni ilusionándonos con el futuro.

Cuando vivimos profundamente nuestra vida interior, lo que proyectamos hacia lo exterior, nuestro ejemplo de vida, se convierte en una llama que enciende el fuego del amor en otros, porque activa sus mejores posibilidades. Quien es referente no se queda soñando en lo que podría ser, sino que va construyendo los sueños en la realidad de cada momento. Ni tampoco teme exponerse al escrutinio, porque no tiene nada que ocultar. Si bien no se erige como modelo a seguir, porque conoce y reconoce sus falencias, no deja de trabajar para superarlas.

A través de nuestro ejemplo de vida cada uno de nosotros muestra cómo, más allá de sus características, experiencias, limitaciones y fortalezas particulares, puede aportar algo

positivo y constructivo a la humanidad a través del desarrollo de su conciencia.

Para ser un referente necesitamos fortalecer nuestra voluntad con el esfuerzo, con un trabajo ascético-místico perseverante y esmerado que nos dé la posibilidad de desarrollar las aptitudes idóneas para desenvolvernos.

*¡Vivamos con coherencia a través de la dación de nosotros mismos!* Aquí no hay cabida para dudas ni mudanzas. El darse implica la ofrenda de la totalidad del ser y una vez que uno decidió que eso es lo que da sentido a su vida, no hay marcha atrás. El darse transforma tanto al que se da como al medio en el que vive; se crea una nueva posibilidad. La fuerza que genera la ofrenda de vida se multiplica en obras de bien porque lleva a que las personas se identifiquen con valores nobles al comprobar que alguien los vive.

El darse, esa entrega sin reservas al proceso de desenvolvimiento con todo lo que ello implica, es la expresión de una decisión que abarca toda la vida y que se manifiesta tanto en la forma de resolver un pequeño detalle como en las grandes decisiones. Es fruto del amor que no titubea y resultado de una fidelidad que nada logra torcer o desviar y que no permite aflojar o concederse para dar menos de lo que uno puede realmente dar de sí. El que se ofrenda no mira hacia atrás ni reclama una compensación por lo que dio. Solo piensa que seguramente pudo dar más en cada instante que vivió. Darse, en definitiva, es vivir siempre no solo a la Presencia Divina sino también a la presencia de todas las almas. Para que la vocación de renuncia se concrete como una posibilidad real y asequible a las almas tiene que ser plasmada a través de nuestra experiencia. Cuidemos, entonces, las palabras que usamos; atentos a su contenido y a la intención que las mueve para darle vida a través de ellas al mensaje de la Renuncia. Cuidemos lo que hacemos y cómo lo hacemos, para que el mensaje que enviamos con nuestro ejemplo de vida sea para adelante y bien de todos los seres humanos. Cuidemos nuestra vida interior, para que la fuerza de nuestra ofrenda despierte el potencial de desenvolvimiento en las almas. Realicemos este maravilloso sueño de amor dando vida a nuestra palabra, poder a nuestro ejemplo y realidad a nuestra ofrenda.

## ***Construyamos en nosotros lo que anhelamos para el mundo*** ***Mensaje de Plenilunio 2014***

### *10ª Enseñanza*

Construyamos en nosotros lo que anhelamos para el mundo. Ser un remanso de estabilidad interior, transmitir paz, serenidad y amor, es un anhelo que hemos de concretar cotidianamente a través de un esfuerzo consciente para desarrollar estos bienes.

La inestabilidad que hoy experimenta nuestra sociedad se refleja en la mente y en el corazón de cada ser humano. En muchas ocasiones, y a pesar de nuestras comprensiones respecto de la temporalidad de todo lo existente, la inestabilidad del medio en que vivimos desequilibra nuestra vida y nuestro entorno. Acostumbrados a un terreno conocido, aparentemente seguro y familiar, nos sentimos vulnerados al percibir su resquebrajamiento, sin considerar que esta acción es inevitable en el devenir. Sin advertirlo, esta inestabilidad alimenta un temor que nos lleva a replegarnos y experimentar el dolor de una existencia plana, sin el destello de la creatividad que produce la visión espiritual.

Enfoquemos nuestra atención en el logro de la estabilidad interior que ha de ser fruto de un estado de presencia, de permanencia ante lo divino. Esta es una de las tareas que tenemos por delante. Intensifiquemos nuestro esfuerzo por nutrir con energía y convicción nuestra vida espiritual para consolidar cada vez más los bienes interiores, base de nuestro desenvolvimiento. Alimentemos nuestra actitud de renuncia para hacernos acreedores a los bienes de Cafh y de esta manera contar con la fuerza necesaria para lograr estabilidad interior e irradiarla. Sin duda los votos de silencio, fidelidad, obediencia y renunciamiento jalonan este proceso, porque expresan el compromiso que asumimos con nuestra vocación. Cuando estudiamos el Método como medio práctico para llevar a cabo nuestro desenvolvimiento nos encontramos con aparentes paradojas. Al profundizar en ellas descubrimos que aportan solidez a nuestras ideas, ya que van más allá de la dualidad de la razón y se asientan en la reversibilidad que, en lugar de eliminar posibilidades, las integra. Las oportunidades que nos da la vida no consisten en elegir entre opuestos: blanco y negro, bueno y malo, sino en la capacidad de discernir entre todas las posibilidades aquellas que nos ayudan a desenvolvernos.

Reservar nuestras energías y darnos sin medida, se nos presenta como una paradoja hasta tanto vivamos el fruto de la práctica del silencio.

Las innumerables voces, imágenes, deseos, angustias, anhelos, dudas, sueños, a los que cada ser humano da vida, se proyectan en la sociedad e invaden nuestra mente y corazón cotidianamente. La práctica del silencio nos aquieta y nos ayuda a discernir lo que somos de lo que nos llega de afuera y nos confunde. Con esta práctica creamos intencionalmente un espacio interior de estabilidad que nos introduce en el conocimiento de nosotros

mismos y nos lleva a expandir nuestra noción de ser, del mundo y de la vida, y a profundizar nuestro amor a las almas y nuestra reverencia a lo divino desconocido. En este silencio, que paulatinamente se convierte en un estado de oración, iniciamos el camino hacia la entrega total de nuestra vida al proceso de desenvolvimiento interior.

Buscar la liberación interior y circunscribirnos con fidelidad al marco de la Idea de la Renuncia es, para la razón, otra paradoja que se resuelve al integrar ambas posibilidades.

Hoy contamos con un acceso sin precedentes a la información y son innegables los avances que esta posibilidad ha desencadenado en la sociedad. Este mismo hecho que, por un lado, nos ha traído tanto adelanto, por otro, suele llevarnos a una dispersión que nos impide detenernos para poder pensar acerca de nuestra razón de ser. La fidelidad a Cafh nos permite no identificarnos con las múltiples corrientes de ideas que bullen a nuestro alrededor y enfocar nuestros esfuerzos hacia el logro de la liberación interior, dentro del marco de la Idea de la Renuncia. La fidelidad a nuestros votos es la fuerza estabilizadora que nos permite reconocer nuestra identidad espiritual sin que influencias externas nos confundan. La fidelidad a nuestra elección de vida nos sostiene a través del tiempo, nos estabiliza y nos mueve a profundizar en el sentido de nuestra existencia y en los valores que la sustentan.

Ejercer el libre albedrío y elegir como medio de liberación la práctica de la obediencia aparece como una figura contradictoria. Sin embargo, esta se descifra cuando comprendemos que una vez que nos hemos libremente comprometido con nuestra vocación de renuncia, lo único que nos queda es cumplir ese compromiso.

Realicemos nuestras posibilidades acabadamente ejerciendo el libre albedrío para obedecer al llamado de nuestra vocación de desenvolvimiento. Responder cotidianamente a este llamado fortalece nuestra estabilidad interior. Nuestra paz y serenidad se asientan en saber que estamos acatando la voz de nuestra conciencia, la cual responde a la evidente conexión que existe entre nuestro libre albedrío y abocarnos a realizar la Idea Madre que rige nuestra vida. La práctica de la obediencia nos confiere autodominio sin el cual nos sería difícil cortar las ataduras que nos impiden tener la osadía de lanzarnos a descubrir nuevas posibilidades. La obediencia, tal como la entendemos en Cafh, une fuerzas, voluntades, vocaciones, sin sometimientos ni pérdidas. La obediencia es básicamente obediencia a uno mismo, a lo que hemos decidido hacer, porque es responder al compromiso que libremente hemos asumido. Es por esto que podemos decir que obediencia es fidelidad a esa decisión. Y que es silencio de todo lo que pueda interferir en el esfuerzo por lograr nuestro objetivo.

Abocarnos al desarrollo de nuestras potencialidades y buscar ser una nada pareciera un intrincado acertijo de difícil solución. No obstante, se aclara cuando reconocemos nuestra ignorancia y pequeñez frente al universo, y aceptamos que la ley de la vida es renuncia.

Los Hijos e Hijas tenemos la misión de desarrollar en nosotros una individualidad

egoente. En otras palabras, lograr conciencia de sí y de ser; ser uno mismo sin olvidar que solamente podemos ser en el todo. Al mismo tiempo, sabemos que nuestro desenvolvimiento ha de ser integral. Es decir, que necesitamos desarrollar nuestra capacidad física, mental, emocional y espiritual, y que hemos de vivir en forma sabia y productiva. Para mantener este equilibrio interior hemos de dejar de confinar nuestra experiencia y sueños a buscar prevalecer, ser alguien especial, reconocido. Esta renuncia nos permite fijar nuestra atención en vivenciar ser en el todo. Es recién en ese estado cuando experimentamos la expansión de nuestra conciencia. Descubrir la renuncia, abrazarla y tener la valentía de aceptar la dimensión de lo que somos y desconocemos, sin duda nos equilibra porque nos libera. El desasosiego ya no tiene cabida en el corazón y, más que hablar sobre lo que queremos enseñar, buscamos ser lo que procuramos transmitir para que nuestra presencia hable por sí misma.

Descubramos el secreto de la estabilidad: apoyarnos únicamente en los bienes interiores. Todo lo demás hoy está pero mañana puede no estar. Aprendamos a aprender, a no creer que ya sabemos todo. Aprendamos a dejar siempre un margen de duda cuando expresamos lo que sabemos. La realidad o las circunstancias pueden ser diferentes de lo que son para nuestro modo de ver o comprender. Esta actitud humilde nos permite acceder a un conocimiento cada vez más completo de la realidad. Aprendamos a poner lo mejor de nosotros mismos en todo lo que hacemos, sin depender de nuestras preferencias, de lo que nos gusta o lo que no nos gusta y sin apegarnos a los resultados. De este modo no perdemos la estabilidad que nos confiere paz interior, porque comprendemos que todo lo que hacemos o nos sucede nos enriquece. Nadie nos puede quitar el amor que pusimos, el entusiasmo con que nos brindamos, la fuerza del ejemplo que dimos, la posibilidad que abrimos interiormente.

Construyamos en nosotros lo que anhelamos para el mundo, apoyándonos en la fuerza del amor que, una vez dado no se pierde, que no tiene límite de espacio ni de tiempo en su alcance, que no se agota, que se suma al amor de otras almas sin que nada pueda impedir su expansión.

## *Alquimia interior*

### *Mensaje de Plenilunio 2015*

#### *11ª Enseñanza*

Es indudable que con el correr del tiempo la sociedad avanzó en muchos aspectos de su desarrollo. Sin embargo, pareciera que nuestra capacidad de convivir en paz y armonía no alcanza a desarrollarse al ritmo del avance científico y técnico de la sociedad.

Oleadas de irracionalidad se propagan por el mundo y cobran vida sentimientos, emociones, actos que creíamos que como humanidad habíamos superado. Es así que nos surgen preguntas que las más de las veces deseamos se resuelvan de manera milagrosa y sin realizar ningún esfuerzo de nuestra parte ¿Cómo ocupar el propio lugar en el mundo y no dos lugares, coexistir en armonía, aceptar la diversidad en nuestra sociedad convulsa? ¿Cómo podríamos generar una oleada con la misma fuerza pero esta vez de conciencia, de amar por amar, de respeto, de reverencia por la vida?

El llamado de nuestra vocación de renuncia nos pide no dilatar nuestra respuesta pero, para que esa respuesta sea efectiva, tenemos que estar centrados en lo que esa vocación significa. El cambio de una actitud egoísta de agresión y competencia por una actitud inclusiva y participativa requiere toda nuestra energía. Nuestra historia como seres humanos nos muestra una sucesión de guerras y matanzas que hasta el día de hoy no han cesado. Son siglos de alimentar hábitos en esa dirección. En nuestro corazón albergamos el osado sueño de revertir y suplantar esos hábitos por otros nuevos y diferentes. Nuevos, porque están enraizados en nuevas actitudes. Diferentes, porque las nuevas actitudes nos llevan a apelar a la voz de nuestra vocación que nos susurra que el corazón de cada ser humano cuenta con la facultad de realizar la alquimia interior que transforma el temor, la venganza, los deseos posesivos en confianza, en inclusión y en participación por amor; porque creemos firmemente que las respuestas por reacción, defensivas, pueden ser reemplazadas por comprensión, solidaridad, asistencia abnegada.

Cuando se descorren los velos que cubren nuestro discernimiento, vemos sin dificultad que Los Dos Caminos se presentan a cada instante para darnos la posibilidad de generar estos nuevos centros de fuerza en nuestro ser. Todo nos llama a que dejemos de lado la dispersión de buscar afuera lo que tenemos dentro y a que concentremos nuestra energía en hacer emerger todo el potencial de bien que albergamos en el corazón. Con serena convicción centrémonos en dar y más dar, sin reparos, sin condicionamientos ni reservas.

Apoyemos nuestro hacer en esta realidad interior que hemos ido comprendiendo a lo largo de nuestro camino de conciencia y voluntad de desenvolvimiento. Demos vida de manera cotidiana a esas verdades que pugnan por salir de nuestro interior, sin grandes escenarios que nos distraigan de nuestro propósito. Para esto necesitamos contar con la audacia de quienes conciben una idea y se disponen a realizarla.



Osemos, entonces, dar el paso que nos lleve no solo a conferir solidez intelectual a lo que ya hemos aprendido, sino a ir más allá. Ejercitemos nuestra voluntad de desenvolvimiento para trascender las estructuras mentales que hemos construido con el tiempo y así abrimos a otras realidades para ir más allá de lo que nuestra razón etiqueta como meras posibilidades.

Si hemos comprendido que amar a los demás es un avance para la humanidad, no cubramos con velos este descubrimiento por temor a que nuestra conciencia nos reclame coherencia con lo aprendido.

Si hemos comprendido que nuestra vocación es de renuncia y lo hemos confirmado con nuestros votos, no nos cubramos los ojos para no ver cuando no estamos honrando nuestro compromiso de ofrenda.

Si hemos comprendido que amarnos a nosotros mismos es tan indispensable como aprender a amar a los demás, no dejemos de lado este conocimiento como uno más que acumula el polvo del olvido en nuestra mente. Amémonos convencidos de que mientras más amor generemos en nuestro corazón, más aptos estaremos para responder a quienes lo necesitan.

Si hemos comprendido que la participación con la conciencia cósmica es nuestro destino, emprendamos el camino participando con la alegría y el dolor ajenos, en lugar de atrincherarnos detrás de los límites de nuestros propios y reducidos intereses.

Si hemos comprendido que presencia es no huir de la realidad sino abrazarla, no perdamos este atisbo de conciencia universal que lucha por abrirse paso en nuestras vidas y mantengámonos presentes cuando alguien sufre. Enfrentemos la realidad de nuestro mundo interior y del mundo en que vivimos. No abandonemos, ni por un instante, nuestro lugar dentro del Cuerpo Místico de Cafh, porque es nuestra responsabilidad enriquecer la experiencia de todos los Hijos e Hijas con la nuestra.

Si hemos comprendido que la reversibilidad ha de ser la característica de nuestra espiritualidad, flexibilicemos nuestro modo de pensar y hagamos la práctica de liberar nuestra mente de modos de pensar trillados, rígidos y predeterminados.

Si hemos comprendido que el amor es un camino que siempre conduce a buen fin, no nos cansemos de amar, de ejercer la capacidad de darnos, de amar por amar, de introducir en nuestro corazón una energía que dé vida en lugar de quitarla.

Si hemos comprendido que el discernimiento es indispensable para realizar un sano trabajo de desenvolvimiento espiritual, no nos escudemos en la ignorancia para no escuchar lo que nuestro discernimiento nos dice.

Si hemos comprendido que la confrontación violenta solo produce una escalada de violencia, apartemos nuestros pasos de ese camino de dolor.

Parece simple cumplir con nuestra vocación, pero solo el transcurso de los días prueba

nuestra constancia en la entrega. Cada día vivido identificándonos con la Integridad de la Gran Obra y aportando nuestra energía a la Gran Corriente adquiere sentido hasta en sus más ínfimos detalles, porque nada queda por fuera.

No se trata de huir de la vorágine sino de actuar de manera de encauzar la fuerza de la vida con una finalidad que nos lleve a que todo colabore a favor del desenvolvimiento de las almas y del cumplimiento del Plan Divino sobre la Tierra.

Demos un primer paso intensificando el trabajo de reservar nuestras energías y evitar la dispersión.

Demos un segundo paso fortaleciendo nuestro espíritu de recogimiento. Busquemos más asiduamente detener la carrera de la vida impulsada por deseos posesivos que nos llevan ciegamente hacia nuestra destrucción.

Demos un tercer paso acrecentando nuestro espíritu de oración, que encauza nuestra vida hacia los valores trascendentes, que nos orientan a volver nuestra mirada perseverantemente hacia la Divina Madre.

El camino de Cafh nos proporciona todos los medios para activar nuestras potencialidades y realizar la Obra que nos ha sido encomendada.

Pongamos tanto amor en cumplir su Método que podamos hacer real lo ideal, posible lo que creemos imposible: crear un mundo en que reine la paz.

## ***Maestros de nuestros sueños de amor*** ***Mensaje de Plenilunio 2016***

### *12ª Enseñanza*

Demos vuelo a nuestro desenvolvimiento espiritual que quita la envoltura de lo ilusorio y nos permite descifrar con certeza la esencia misma de nuestro ser. Esta es la misión que queremos, podemos y debemos llevar a cabo, no por un “deber ser” sino por un compromiso de amor que hemos elegido y asumido.

Decimos que no somos, sino que estamos siendo. Esto implica un estado de cambio permanente. No somos un producto terminado. Por estar vivos, en cada instante vamos dejando algo y al mismo tiempo vamos incorporando algo. La simple observación de nuestro cuerpo nos permite ver que, a la vez que perdemos células, estamos generando otras nuevas.

Una transformación se produce a través de cambios. El proceso de liberación interior en el que estamos inmersos implica vivir en transformación continua. Hacernos conscientes de esta realidad nos permite tomar fuerzas para no resistirnos a los cambios que la vida nos pide. Resistirnos al cambio sería contrario a la ley de la vida, a nuestras posibilidades de ser almas libres y al llamado a la Unión Substantial con la Divina Madre.

Sustentemos firmemente en nuestro corazón ese proceso de transformación interior continuo que se aviene rápidamente a los cambios que necesariamente tienen que darse. Para dar continuidad a ese proceso de desenvolvimiento espiritual no hemos de cejar en nuestro empeño por remplazar posiciones tomadas ante la vida. Es preciso mudar viejos hábitos, formas de pensar, proceder y responder, por actitudes que reflejen nuestra elección de ofrenda, de olvido de nosotros mismos, de anteponer el bien de todos a las conveniencias o gustos propios. Es en torno a estas actitudes que han de gravitar nuestras elecciones.

No se trata de hacer un cambio por el cambio en sí, sino del cambio para acompañar el devenir de la vida. El cambio ha de responder a una posibilidad de mejora, ya sea en un proceso o en una actitud, y como resultado ha de apuntar a un mayor grado de inclusión y participación. Trabajemos incansablemente para dar cabida a esa fuerza incontenible de amor por el desenvolvimiento de nuestra alma que nos permita sobreponernos a los escollos y vencer el temor a dejar los apoyos que nos limitan. De esta manera podrá surgir como único sostén de nuestra alma el anhelo de libertad interior que nos conduce indefectiblemente a la unión con la Divina Madre.

Si prestamos oídos a nuestra vocación es posible desenvolvernos en paz y armonía, viviendo en paz y armonía con nosotros mismos, con nuestros compañeros de camino, en nuestro hogar, en nuestra Comunidad, en nuestro trabajo, entre los pueblos de la Tierra.

Para esto reforcemos nuestra determinación de priorizar los valores trascendentes, los que nos llevan a ser honestos, humildes, a comprender, a amar. Si buscamos la luz para salir del oscuro mundo de la ignorancia, la confusión y la confrontación, podremos contar con la fuerza interior para iluminar tanto nuestro camino como el de otros.

Conciencia y voluntad son las dos fuerzas con que contamos para desarrollar la Mística del Corazón, para expandir nuestro amor. La conciencia nos permite ampliar permanentemente nuestros límites, impulsándonos siempre más allá de donde estamos y la voluntad nos induce a hacer realidad nuestros sueños, a dar cada paso concreto, a vivir plenamente el presente. Estas son las bases sobre las cuales se asientan todas nuestras posibilidades de desenvolvimiento. Más allá de nuestras limitaciones contamos con la fuerza de la vocación que nos permite sobreponernos a la desesperanza al reconocer que, en general, nuestro estado de conciencia no es tan inclusivo como quisiéramos. Ni siquiera nos detiene el hecho de darnos cuenta de que por lo general, en lo cotidiano, tenemos poca conciencia de la vida del universo, de las almas todas y hasta de las consecuencias de algunos de nuestros actos. Es la fuerza de la vocación la que nos guía y nos estimula para sobreponernos cuando nuestra voluntad flaquea y se nos dificulta cumplir con nuestros propósitos. Es la fuerza de la vocación la que nos permite arribar al reconocimiento sincero y humilde del lugar donde nos encontramos y es este hecho lo que nos posibilita realizar un trabajo cierto de desenvolvimiento.

Nuestro compromiso de amor es desenvolvernos, por eso solo es necesario que volvamos a hacer el esfuerzo una vez más. No es lo mismo haber intentado cien veces que haber intentado ciento y una veces. Todo momento es el momento para vivir la ofrenda, el olvido de nosotros mismos. La Divina Madre nos ha dado la gracia de poder cambiar a cada instante. No sabemos cuándo venceremos la inercia o el peso de una limitación o de un hábito y podamos liberarnos y trascenderlo. De ahí la importancia de acentuar aún más nuestra determinación de continuar el camino que hemos elegido, para sobreponernos a la tendencia humana de desanimarnos y abandonar el intento justamente cuando, con un pequeño esfuerzo más, hubiéramos logrado nuestro propósito.

En cuanto a la conciencia, tenemos la osada aspiración de unirnos substancialmente a la conciencia cósmica. Si bien todos estamos participando de la conciencia cósmica, gran parte del tiempo no somos conscientes de ese hecho. Es como estar en una casa pero no darnos cuenta de que estamos en ella. De a poco nos vamos apercibiendo del efecto que provocamos. El todo no es igual después de haber actuado cada uno de nosotros. La medida de nuestra participación está dada por la conciencia que tenemos de cómo afectamos al todo y del efecto que provocamos en ese todo.

Hemos comprendido que para avanzar en nuestro desenvolvimiento necesariamente tenemos que dejar de depender de apoyos ilusorios que entorpecen nuestros esfuerzos por desenvolvernos. Al descorrerse este velo, nada puede detener el impulso de nuestra

vocación, ni aun las circunstancias materiales o relacionales que nos toque vivir, porque entendemos que los límites los ponemos nosotros y también los superamos nosotros. Nadie puede quitarnos la posibilidad de tener una nueva concepción del amor y de la vida y nadie puede quitarnos la comprensión profunda de sabernos dueños de nuestros sueños de amor y de la voluntad de realizarlos en esta vida. Sentimos la libertad de ser dueños de cada instante, de no quedar prisioneros de un modo de ser originado en un momento, en una circunstancia particular y pasajera. Al hacernos plenamente responsables de nuestra vida, se aligera la carga, porque tomamos las riendas de nuestro destino al decidir con responsabilidad y conciencia. De no dar este salto de asumir plenamente nuestra vida y las decisiones que tomamos, aplazamos la realización de nuestro destino y permanecemos observando el abanico de posibilidades al que podríamos acceder pero nada más. Es como quedarnos leyendo la misma página de un libro y nunca dar vuelta la hoja para continuar con la trama de la historia que contiene el libro.

Hemos experimentado que cuando el desenvolvimiento espiritual se actualiza en el alma, nos mantiene activos, vibrantes, llenos de energía y pujanza. También hemos experimentado algunos factores que limitan nuestro desenvolvimiento. Uno es la falta de esfuerzo que nos mantiene en una zona de confort y nos lleva a no asumir la vida con todo lo que esto significa. Otro factor es el intento de anquilosar la vida, amarrar las ideas, para que todo siga igual y así evitar la incertidumbre propia de los cambios. Un tercer factor limitante es el buscar ser alguien, querer que nos den un lugar, en vez de ocupar el único lugar propiamente nuestro que se logra por cumplir la vocación, es decir, dando lo que uno tiene para dar de sí, sin necesidad de ninguna condición especial para hacerlo. Superemos con holgura estos límites para lanzarnos sin temor y con decisión al cumplimiento de nuestro destino.

Una profunda plenitud interior invade nuestra alma cuando somos conscientes de que albergamos a la Divina Madre en nuestro corazón. Es esa conciencia lo que imprime determinación a nuestra voluntad para trabajar incansablemente por nuestro desenvolvimiento y el de todas las almas.

## ***Inclusión***

### ***Mensaje de Plenilunio 2017***

#### ***13ª Enseñanza***

Los viajes espaciales y los avances tecnológicos han hecho que sea imposible continuar visualizándonos como un mundo separado. Comúnmente expresamos esta nueva conciencia diciendo que estamos todos navegando en un mismo barco. Sin embargo, como humanidad, nos falta mucho para tomar plena conciencia de que formamos un solo cuerpo místico. Si bien nos damos cuenta de que no podemos hacer nada que en alguna medida no afecte a los demás, en general, esta conciencia no prevalece en nuestras acciones y elecciones diarias. Los grandes grupos humanos coexisten, pero compiten entre sí y temen ser atacados unos por otros. La carrera armamentista y las luchas políticas y económicas que ocurren en el mundo de hoy son una clara evidencia de esto. No obstante, estamos convencidos de que en el corazón de cada ser humano hay un profundo y sincero anhelo de paz y armonía, de encontrar un camino hacia la unidad.

Por esto, no podemos quedarnos de brazos cruzados esperando ver qué sucede. Cada uno de nosotros tiene que asumir su responsabilidad por esta situación y trabajar con decisión por la unión de todos los seres humanos.

Nuestra enseñanza nos dice que existe un Plan Divino y que tenemos una misión conjunta que realizar: colaborar plenamente con ese Plan Divino. Nadie queda fuera de la ley que necesariamente se tiene que cumplir. Nuestra misión, como grupo dentro del gran conjunto humano, es desarrollar la mística del corazón. Centremos nuestra tarea en expresar nuestro amor a través de una acción concreta: trabajemos para desarrollar en nuestras almas una actitud de inclusión que nos lleve a consolidar la anhelada unión. Abramos generosamente la puerta de nuestro corazón para que nadie quede por fuera.

Recordemos que en la primera etapa de nuestro ingreso al Camino se nos orienta a renunciar a nuestros gustos. Esa renuncia es el primer paso hacia la inclusión. El hecho de que nos guste algo implica que otras cosas no nos gustan, o que nos gustan menos. El identificarnos con nuestros gustos puede inducirnos a excluir a quienes tienen otras preferencias. Renunciar a los gustos no es anularlos sino tener claro el lugar que les damos en nuestra vida, de manera que no limiten nuestras elecciones.

Con nuestros gustos definimos nuestra personalidad corriente. Con ellos nos diferenciamos, nos distinguimos y de alguna manera nos separamos de los demás. En general, no solo queremos ser diferentes sino también mejores que otros. De ahí surgen la competencia, la egolatría, el desprecio, las comparaciones y las segregaciones, cuando no las guerras y las masacres.

Si queremos realmente cumplir nuestra misión como Hijos e Hijas de Cafh, no podemos

estar limitados por nuestros gustos e inclinaciones. Necesitamos apuntar al bien común y supeditar otras consideraciones a cumplir este objetivo. ¿Qué sucedería si todos los días dejáramos de hacer algo que nos gusta para hacer lo que no nos gusta o no nos atrae? Seguramente iríamos descubriendo cualidades o aspectos favorables donde no los veíamos antes. Es una manera muy simple de desarrollar una actitud más participativa e inclusiva, de ampliar el campo de nuestro interés y de expandir nuestra conciencia.

La segunda orientación que recibimos respecto de cómo hacer vida la renuncia nos invita a la renuncia de bienes. La no posesión es la base de la Economía Providencial: es tomar conciencia de que nada nos pertenece en realidad. Somos administradores de los bienes de la vida. Esta convicción se traduce naturalmente en una actitud inclusiva: ningún bien es nuestro para usar en forma indiscriminada. Cuidamos cada cosa por ser un patrimonio en común, por el amor que cada cosa merece. Esta conciencia crea una relación muy diferente con todos los bienes y nos capacita para dar el mejor uso a cada bien que manejamos, sea material, mental o espiritual. Al tomar conciencia de que todos los bienes no son propios sino de la humanidad, ni usamos más de lo necesario ni nos creemos generosos por dar parte de nuestro tiempo, energía y recursos para quienes los necesitan. La práctica continuada de la economía providencial va creando en nosotros la capacidad y la fortaleza necesarias para trabajar por el bien común.

La tercera orientación que recibimos nos induce a la renuncia de vida. ¿Cómo se implementa, cómo se practica para que nos lleve a ser más inclusivos? Dejando de vivir únicamente para cumplir nuestros objetivos personales. Esto significa un cambio de objetivos. Ya no procuramos solamente sentirnos bien, ni buscar una posición destacada en cualquier ámbito con el objetivo de considerarnos superiores a otros u obtener poder. Nuestro anhelo es darnos sin pedir nada en retorno: amar por amar. No esperamos nada más de la vida, que ya nos ha dado tanto. Solo procuramos devolver para bien de todos lo que hemos recibido, ojalá multiplicado y enriquecido por lo que hemos podido aprender y elaborar interiormente.

La inclusión es un proceso. Vamos incluyendo en la medida en que descubrimos y reconocemos que más de una vez excluimos, discriminamos, nos separamos, hacemos diferencias por prejuicios. Esto se evidencia en nuestro trato, en nuestros pensamientos y sentimientos, en nuestras expresiones verbales, en nuestros juicios, en nuestros criterios y valores. Estando atentos y analizando cuidadosamente y con ecuanimidad podemos ir reconociendo qué tenemos que cambiar y dónde debemos ampliar nuestras miras. Aquí es donde la honestidad con nosotros mismos juega un papel importante. Es la luz que va iluminando hasta los rincones más oscuros de nuestra alma para poder avanzar en este maravilloso proceso de desenvolvimiento.

Para que la inclusión no sea un cambio superficial, un espejismo de nuestra mente, una mera aspiración, el cambio tiene que estar basado en el desenvolvimiento espiritual del

alma. Hay cosas que nos separan, por ejemplo, el temor. El temor a perder algo puede hacernos ver a otro como un enemigo, una amenaza, un peligro. Para superar ese temor basemos nuestra vida en valores intrínsecos y no en los extrínsecos. Para curar o cuidar a los enfermos, un profesional de la salud no puede estar temiendo el contagio. Eso no significa que no tome precauciones sensatas para no contagiarse al hacer su trabajo. Pero su sentido de ofrenda a las almas y su deseo de seguir ayudando le permiten confiar en la integridad y capacidad de su cuerpo de mantenerse sano para servir a otros.

La inclusión es el camino que nos permite ir hacia la unidad esencial. Esto no se logra a través de una ocasional toma de conciencia de lo que somos, ni es algo de un momento. Exige trascender límites. Creamos límites cuando nos dejamos llevar por nuestros impulsos para prevalecer, ser más que otros, sobresalir y ser notados.

La inclusión es un proceso maravilloso que espontáneamente acrecienta todas nuestras posibilidades. Para que algo se integre a nuestra conciencia tenemos que tomar interés en ese algo. Ese interés nos lleva a poner atención y la atención nos lleva a aprender, a incorporar información que amplía nuestras miras. Al comprender lo que ignorábamos se abre una puerta que nos llama a expandir nuestro amor.

A un niño aún no moldeado por el medio, lo diferente a veces le despierta temor, agrado o desagrado y, a veces, curiosidad pero no desprecio ni odio. Estos sentimientos son creados por nuestra mente para prevalecer sobre otros. El proceso místico, al trabajar sobre el logro de la egoencia, nos lleva a apreciar y a ver en todo lo creado una expresión de lo divino.

Necesitamos vivir en unión, aceptándonos como compañeros de camino con un único destino: cumplir la misión que nos atañe en el Plan Divino sobre la Tierra. No hay tiempo que perder. No esperemos que los demás se integren a nuestro molde. Comencemos por incluir a quien está a nuestro lado. Sacudámonos la indiferencia, el desamor, el enojo, la impaciencia, la soberbia, el egoísmo y todo lo que nos separa a unos de otros. Atendamos a la voz de nuestra conciencia que nos dice muy claramente que estamos navegando en un mismo barco. El destino nos ha unido. Conduzcamos la nave sensatamente.

Con convicción y confianza, consagremos nuestra existencia a ser un punto de inflexión. Si bien la humanidad ha vivido y sigue viviendo experiencias que hasta niegan la vida, el desenvolvimiento espiritual muestra la posibilidad de vivir los hermanos en unión.

Nuestra acción se potencializa cuando nace del amor. Proyéctemonos hacia el futuro visualizando lo que queremos hacer de nosotros mismos. Alentémonos con el compromiso de dar cada día un pasito para estar más cerca de la Divina Madre.



## ***El Don de poder amar*** ***Mensaje de Plenilunio 2018***

### *14ª Enseñanza*

¡Enamorémonos de la gracia que hemos recibido: el don de poder amar! El mayor bien intrínseco que poseemos es la capacidad de amar, y es el amor lo mejor que tenemos para dar.

¡Desarrollemos este don, la facultad más valiosa con la que hemos sido dotados!

Hagamos que nuestro amor se expanda permanentemente hasta abarcar el universo entero. Cada partícula que incluimos nos revela la inconmensurable grandeza de la eternidad.

Así como el sol no discrimina sobre quién derrama su luz y su calor, amemos sin hacer diferencias y sin desestimar la más mínima expresión de esta potencia interior.

Gran parte del sufrimiento de la humanidad es por falta de amor. Todas las puertas están abiertas para que lleguemos hasta la máxima expresión del amor, sin despreciar ninguna de las etapas que nos puedan llevar hasta allí. Nuestras enseñanzas nos conducen por un camino que, lejos de acentuar aspectos negativos como el temor o la competencia como motivadores para desenvolvernos, apelan al desarrollo de la conciencia y a fortalecer los bienes que naturalmente albergamos en el corazón.

No hay sentimiento más universal que el amor. El amor nos lleva a vivir en virtud del bien común y a trabajar para que nuestra relación con el prójimo sea fuente de bienestar. Pero el amor no crece solo. Es un bien que se cultiva a través de la más noble expresión de la voluntad. De las innumerables formas que toma la voluntad la más elevada es el amor, ya que siempre beneficia, fortalece, reconforta.

Es crucial la necesidad de que crezca el número de almas que, movidas por el amor, logren contar con la serenidad y claridad suficientes para poder pensar, reflexionar y actuar para el bien del mundo. Hoy tenemos el gran desafío de contrarrestar el hecho de que las innumerables ofertas que recibimos capturen nuestra atención llamándonos, cada vez con más intensidad, a vivir centrados en la autosatisfacción sin atender a nuestro trabajo, a nuestras relaciones y, lo que es aún más importante, a nuestra vida interior. Solo descorriendo los velos de las ilusiones y fortaleciendo los bienes interiores podremos volver a orientarnos para que nuestra vida esté dirigida hacia el bien común.

Nuestra única posibilidad real de amar está en el presente. Perdemos la plenitud que nos ofrece cada momento cuando abandonamos el presente para buscar satisfacernos en los logros del pasado o en las ilusiones del futuro. ¡Cuántos buenos momentos hemos perdido por ausentarnos del instante presente!

Implícito en el amor está la actitud de presencia, de entrega, que comienza con el interés y la atención puestos en el objeto de nuestro afecto. Si no estamos atentos, se nos escapan la realidad y la vida que solo ocurren en el aquí y ahora.

Al inicio de nuestro desarrollo todos respondemos al instinto de conservación. En la medida en que nos desenvolvemos, esa fuerza, centrada solo en nosotros mismos, se expande gradualmente hasta alcanzar la Unión Substancial con la Divina Madre.

Contemplemos y apreciemos la expansión del amor, desde esa primera manifestación que es el querer vivir, el amor a la vida. El amor se presenta al comienzo como un instinto ciego que nos impulsa a la autosatisfacción. Al mismo tiempo, nos mueve a desenvolvernos. Es la fuerza impulsora de nuestra superación. Esa fuerza nos puede llevar a procurar riqueza y poder, a buscar conocimiento o, también, a desarrollar una elevada espiritualidad.

Como contamos con autoconciencia podemos aperecernos de los instintos, lo que nos permite reflexionar sobre su naturaleza y aprender a orientarlos. No tiene sentido procurar suprimir los instintos, lo que sí tiene sentido es aprender a ejercer nuestra libertad para transformar la fuerza del egoísmo y de la búsqueda de autosatisfacción en generosidad y participación.

Nuestra tarea es realizar, en forma sistemática, la práctica de ir a lo más hondo de nuestra conciencia para descubrir cuáles son los elementos que impulsan la expansión de nuestro amor y cuáles son los obstáculos que la demoran.

Si aprovechamos sabiamente lo que vamos experimentando y conociendo a través de la vida, aprendemos a dirigir nuestros esfuerzos hacia la armonización de los valores humanos y los universales, aquellos que nos integran a la totalidad de la vida del universo. Al desenvolvernos, nuestros deseos se alinean con esos valores, los que dejan de ser bienes inalcanzables para reflejarse gradualmente en nuestro ser.

La conexión entre todo lo que existe en el universo es un hecho. No existe una partícula aislada del resto. Cualquier suceso que ocurra en algún punto del universo afecta a todo lo demás. Tomar conciencia permanente de esta realidad significa, por un lado, que cada uno de nosotros es un campo de fuerzas y que somos libres para usarlas; por otro, que somos responsables de cómo irradiamos esas fuerzas. A través de nuestra voluntad de desenvolvimiento, podemos constituirnos en un potente foco de amor para brindarnos en todo momento y lugar.

Al principio, el amor a la propia vida nos lleva a atacar para sobrevivir; al expandirse, ese amor se vuelve defensivo de lo que uno siente que es y le pertenece. Se defiende la proyección de uno, tanto en la fuente de alimentos como en la familia. De ese amor nacen el instinto materno y el enamoramiento.

Desde la primera salida del cascarón de uno mismo hasta hacer incontables sacrificios

por el bien de otros, nos desarrollamos movidos por el instinto defensivo. Luchamos para conservar lo que hemos logrado; esta lucha refuerza nuestros apegos. Esto nos lleva a centrar nuestro amor en nuestros instrumentos: nuestro cuerpo, nuestra alma. Del amor a nuestro cuerpo pasamos al amor por todo lo que le causa deleite. Es interesante observar que, hasta cierto momento de nuestro desenvolvimiento, los seres humanos nos mantenemos como si fuéramos una isla, sin sensibilizarnos hacia las necesidades de los demás, buscando solo el propio placer.

Nuestra enseñanza nos dice que el fin supremo en la vida del alma es descubrir la chispa de lo divino que está en nuestros corazones. En un momento dado, el llamado a responder a esta realidad se hace sentir en nosotros. Tenemos conciencia de que la divinidad que está en nosotros es la misma que está en cada ser, en cada expresión de vida. Esto nos lleva a expandir nuestro amor para comprender, asistir y amar a nuestros semejantes. Sin comprensión, sin la capacidad de sentirnos unidos con otra alma, el amor se mantiene muy limitado. Damos un paso más allá cuando volcamos nuestro amor en otro ser. Si bien buscamos una correspondencia y exigimos amor, también lo damos todo por el ser amado.

A medida que nos desenvolvemos, el círculo pequeño que demarca nuestra existencia se va ampliando. Amamos a nuestros hijos, a la familia extendida y hasta a grupos afines. Al tomar conciencia de que poseemos esa fuerza extraordinaria, profundizamos nuestro amor, nos sensibilizamos, percibimos el dolor y la alegría de otros y hasta los hacemos propios. Nace en nosotros la compasión que nos lleva a sufrir por otros y también a procurar su bienestar.

Es así como la expansión de nuestra conciencia, de nuestro desenvolvimiento interior, nos dirige paso a paso hacia amar por amar; más allá de buscar una compensación, vivimos con plenitud por el simple hecho de amar. Aprendemos a amar a todos por igual, trascendiendo las diferencias, porque percibimos la chispa divina que los anima. Desde lo más profundo de nuestro ser comprendemos lo que cada persona es: un ser humano, con infinitas posibilidades. Ya no nos determina su comportamiento para percibir lo que un alma es. Entendemos que ese comportamiento es cambiante, modificable y producto de circunstancias y elecciones, algunas quizá erradas por ignorancia.

Cuando ese amor que no hace diferencias se vuelca en un ser, se da la verdadera amistad, aquella que no varía con las circunstancias, porque no espera nada del ser amado y solo busca darse. No hay obstáculo, característica o duda que interfiera en el libre fluir de nuestro amor.

El amor puro, al expandirse, nos lleva a intuir la presencia divina en cualquier expresión, ya que nos recuerda la presencia divina en la creación.

Y más allá de estas experiencias vislumbramos el estado de unión en que se vive cuando el amor es permanente. Es a través de nuestra alma, de cada alma, donde se expresa la voluntad divina. Llegados a este estado, ya no buscamos ser algo diferente y separado.

Nuestra búsqueda se centra en identificarnos con la indiferenciada esencia de la vida.

Desde nuestra morada espiritual en el corazón, multipliquemos nuestro amor para llegar a una unión continua y substancial con la Divina Madre a través de todas las almas. Sea cada uno de nuestros corazones una palpitante fuente de amor dispuesta a darse sin pedir nada a cambio.